



ALFREDO ARACIL

“Lo malo son los apóstoles y los conversos”

PREGUNTA: La Fundación Loewe ha hecho propio el lema olímpico de que lo importante es participar. ¿Tan malo es ganar?

RESPUESTA: Si además de participar ganas, miel sobre hojuelas, cómo no; pero intentamos que el Concurso ofrezca una buena experiencia pedagógica y personal. Estar allí y no ganar no es tiempo perdido.

P: Luego, en los Encuentros para Jóvenes Pianistas enseñan que la música no acaba en la última tecla sino...

R: ...sino que hay un mundo de posibilidades más allá del piano.

Vienen, si quieren, con sus padres y, además de señalarles aspectos técnicos, intentamos descargarles la tensión de pensar que si no triunfan como concertistas no hay nada más que merezca la pena.

P: ¿Más vale un fracaso a tiempo que un éxito precoz?

R: Quizá sí, aunque los dos pueden ser malos si se toman muy en serio.

P: ¿Cuánto ha perjudicado la cultura de *Operación Triunfo*?

R: Vivimos un mundo pop: lo es buena parte de la política, del comercio, del periodismo... y también de la cultura, pero estos productos y otros similares son ya punto y aparte.

El martes arranca el Concurso de Piano Infanta Cristina de la Fundación Loewe. Entre el jurado de esta XV edición, en recuerdo a Alicia de Larrocha, encontramos a Alfredo Aracil (Madrid, 1954), que estos días ultima las grabaciones de sus *Cuartetos de cuerda*, que editará la Fundación BBVA, y un corpus sinfónico para Anemos.

P: Como doctor en Historia del Arte, ¿cuál es el diagnóstico cultural de nuestro tiempo?

R: No me veo capaz de resumirlo en una frase. Soy doctor y paciente y medicamento, y eso da muchos puntos de vista.

P: Y su música ¿viene con prospecto?

R: Procuero facilitarlo siempre. No es imprescindible saber botánica para disfrutar un jardín, y lo mismo ocurre con la música. Pero si te dan algunas claves la emoción puede ser muy intensa.

P: ¿Ha llegado al síndrome de Stendhal?

R: Alucinaciones no he tenido, pero vértigo sí he llegado a sentir, más de una vez, ante músicas, imágenes o situaciones extraordinarias.

P: Y el público ¿finge el orgasmo?

R: Hay de todo, como en botica... Pero mejor que

imagine y finja a que no llegue a escuchar nunca.

P: Dicen que a su generación le falta un perfil en Facebook.

R: Muchos, no todos, vamos a nuestro aire. Pero aunque no nos hayamos inscrito en ningún club, tarde o temprano aparecen rasgos comunes entre colegas de aquí o allá.

P: ¿Se otean nuevos ismos musicales?

R: De momento, parece que no. Pero lo malo no son las propuestas, en cualquier dirección que vayan; lo malo son, ¡qué cruz!, los apóstoles y los conversos.

P: La mayoría reniega de la escuela alemana...

R: A Darmstadt, como a Cage, le debemos piezas maestras. No hay que olvidar eso.

P: Porque ¿es la creación una forma de olvido?

R: Puede servir para olvidar, pero también



para recordar... y para pensar, emocionar, naufragar, indagar...

P: Su música está llena de referencias metamusicales, metaliterarias, metafísicas... ¿y qué pasa con los metaderechos de metautor?

R: Siguen su camino, y ayudan a ir tirando. Aunque en mi caso son casi una metáfora.

P: Por si acaso ¿lleva siempre papel pautado en el bolsillo?

R: Compongo en casa, aunque alguna vez, por no llevar papel conmigo, he tenido que echar mano de una servilleta para apuntar una idea venida a deshora.

P: ¿A palo seco?

R: Diez dedos en un teclado se quedan en

poco. A veces la cabeza va muy deprisa y lo mejor es un lápiz y, cómo no, una buena goma de borrar.

P: Tiene fama de shakespeariano. ¿Cómo llevaron en casa su primer “ser o no ser”?

R: Con preocupación, como es natural. Si hubiera sido un poco más sensato no me habría atrevido a tomar un rumbo tan incierto como la composición, pero me ha ido muy bien. Afortunadamente, me dejé llevar por el deseo.

P: ¿La otra opción, la de ser carpintero, fue una estrategia disuasoria?

R: Eran sueños de niñez, aunque algo tienen ese y otros trabajos artesanales, que me siguen atrayendo.

P: Parece que ahora se lleva el pensamiento débil, el sólo sé que no sé nada, el principio de incertidumbre... ¿Qué nos pasa?

R: Incluso el “sé” y el “no sé nada” pueden parecer certidumbres. Por seguir el juego, hoy diríamos “ahora creo que no estoy seguro de nada”. La verdad es que prefiero las dudas a las certezas. Las propias y las ajenas.

BENJAMÍN G. ROSADO